

Escuchar, sentir, mirar. Reflexiones en torno al acompañamiento a las mujeres que han sufrido violencia machista

Beatriu Masià Masià

Ca la Dona, Barcelona

ORCID: 0000-0001-8158-4746
masiama55@gmail.com

Resumen

Parto de mi experiencia biográfica relacionada con las vivencias en un pequeño pueblo rodeado de naturaleza, de la relación especial con mi abuela materna, siempre dispuesta a escucharme, las puertas abiertas de mi casa familiar, la acogida de mi madre a las mujeres que se acercaban a conversar con ella, que han guiado mi comprensión y acercamiento hacia las mujeres que sufren la violencia de los hombres. La complicidad y los saberes compartidos en Tamaia, viure sense violència, las enseñanzas recibidas en diferentes disciplinas y la confianza de tantas mujeres han dado medida a la paciencia, la escucha, el amor y la disposición a acoger el sentir del cuerpo y el alma como herramienta terapéutica imprescindible en la reparación del daño causado por la desmesura en el dar. Las genealogías y las enseñanzas de mujeres con las que he compartido mi experiencia me han nutrido y acompañado en la tarea de promover acciones políticas encaminadas a vivir vidas libres de violencia machista.

Palabras clave: Violencia contra las mujeres – TAMAIA
viure sense violència - Escuchar - Sentir.

Keywords: Violence against women – TAMAIA live
without violence - Listen - Feel.

Fecha de recepción: 19 de junio de 2022.

Aceptación: 2 de julio de 2022.

Quiero agradecer a Duoda la oportunidad que me brinda de participar en este diálogo. Para mí es un reconocimiento que me llena de alegría a la vez que de responsabilidad.¹

Quiero deciros que voy a hacer la lectura del texto en castellano, en reconocimiento a otras lenguas que sé que están presentes, y lo hago en un momento especialmente difícil para mi lengua materna y paterna, ya que el catalán está siendo gravemente amenazado. Todas y todos sabemos qué significa una amenaza a la lengua materna y es por esto por lo que necesito hacer esta consideración.

Como habéis leído en la presentación de este diálogo, voy a compartir mi experiencia de crecimiento y aprendizaje en el acompañamiento a mujeres que han vivido violencia y que desean salir de esa violencia. En mi exposición, pondré de relieve el valor de la paciencia y de la escucha en el trabajo de acompañar a las mujeres. Reflexionar sobre este acompañamiento significa poner en gran valor lo que ha significado para mí participar del proyecto de Tamaia y la incidencia y significado político sobre el derecho de las mujeres a vivir sin violencia.

Debo reconocer que, al escribir este texto, ha sido difícil distinguir lo que es singular, propio, de lo que es fruto del saber compartido, de las confidencias, los relatos, los espacios de pensar juntas, de tantas lecturas y especialmente de la escucha a tantas y tantas mujeres. A todas ellas mi más profundo agradecimiento y consideración.

Quiero empezar con un aspecto de mi biografía que creo que es importante.

En el año 1990 tomé una decisión que fue crucial en mi vida: tenía la posibilidad de hacer una sustitución como profesora de filosofía en Tarragona o integrarme

en el equipo de educadoras de una casa de acogida para mujeres maltratadas de Barcelona. En aquel momento, valoré lo que suponía para mi hija Iris tener que estar separada de su madre unos días a la semana.

Tomé la decisión de integrarme en la casa de acogida, por este motivo, y movida por la necesidad de justicia, vista la gran injusticia que suponía y supone que las mujeres que han sufrido violencia tengan que dejar sus casas, los hijos e hijas, la escuela, sus lugares de referencia, y refugiarse en lugares ocultos.

Mi relación con el movimiento feminista y con la Comisión contra las agresiones a las mujeres me facilitaba un activismo de denuncia a través de conocer la realidad de las mujeres acogidas. Conocer esta realidad supuso una experiencia importantísima en mi proceso de crecimiento personal y de mi posterior dedicación profesional.

Yo, como la mayoría de las mujeres que participábamos del feminismo en esos años, teníamos una percepción de las mujeres que vivían violencia ajena a nuestras propias vivencias y experiencias. Claro que todavía no habíamos empezado a hablar de violencia estructural, de violencia simbólica, de violencia sobre nuestros cuerpos y un largo etcétera, que hoy sí podemos decir.

En aquellos momentos, la violencia contra las mujeres en sus relaciones íntimas se analizaba, cuando se hacía, como la debilidad intrínseca al sexo femenino; incluso había quién hablaba del masoquismo femenino. He de decir que, en mi relación con las mujeres acogidas no encontré mujeres débiles, ni masoquistas, sino que encontré mujeres que habían podido sobrevivir gracias a sus estrategias, mujeres que sufrían de gran injusticia social y, especialmente, de una gran injusticia emocional, puesto que habían sido traicionadas en sus dones de amor al otro.

Mujeres mayores, mujeres jóvenes, mujeres con hijos, sin hijos que habían tenido que dejarlo todo para salvar su vida, su integridad como sujetas, mientras esos hombres que utilizan la violencia podían continuar con su vida.

Compartía la indignación de las mujeres: “¿por qué tenemos que escondernos si nosotras no hemos hecho daño?”

Esta constatación tenía un fuerte impacto en mí, me indignaba y me indigna todavía profundamente.

En “la casa” tomé conciencia de la dimensión de la violencia contra nosotras, las mujeres, del daño que producía y de la vulneración de derechos humanos que generaba. Recuerdo que lo que más me violentaba era observar cómo se trataba a las mujeres en algunos espacios de atención y la perspectiva desde la que se intervenía.

En “la casa” formaba parte de un equipo de educadoras; en ese contexto educar era algo así como marcar lo que está bien y lo que está mal, también tenía que ver con un cierto control sobre sus vidas, en cómo educaban a sus hijas e hijos y, aunque ciertamente había una función pedagógica en las relaciones que establecíamos, de forma recurrente pensaba “¿quién soy yo para decir lo que está bien o lo que está mal?”

Leyendo el libro de Marina Garcés, *Escuela de aprendices*, ella dice: “¿Qué aprendizajes podemos recibir unos de otros? Entendida así, la receptividad no es pasiva, sino que es una actividad recíproca entre iguales”.²

La reflexión de cómo se generan los aprendizajes sobre el amor al otro y la revisión sobre mis propios aprendizajes me llevó a un cambio en mi forma de entender y comprender las experiencias de las mujeres y a trabajar para generar un acompañamiento desde una mirada

pedagógica, amorosa, a la vez que terapéutica. Porque en el trabajo de acompañar también hay que curar, dado que la violencia daña y mucho, muchísimo.

En ese acompañar responsable, pedagógico, terapéutico tomé conciencia de cómo esa relación era mutuamente gratificante, dado que la relación que se establecía, dispar evidentemente y en algunos aspectos asimétrica, pero recíproca, me acercaba cada vez más a mi verdadera realidad como mujer y me obligaba a tomar responsabilidad sobre mí misma, mis deseos y, a la vez, respetar el deseo y el movimiento de la otra.

En la casa de acogida empezó mi proceso de conocer, creer, esperar y saber; fue una experiencia de crecimiento, que cada vez se hizo más intensa y amplia y que tuvo su máxima expresión en el proyecto de Tamaia.

Fue en el proyecto de Tamaia donde pude poner en valor la paciencia, como práctica femenina que escucha y acoge el sentir y el actuar.

Relaciono el escuchar con las puertas abiertas de la casa de mis padres en un pequeño pueblo del Delta del Ebro. Mi madre me decía: “filla meua, jo escolto a una i a l'altra i m'ho guardo”.³

Esta certeza, respecto a la importancia que había tenido para mí el ejemplo de mi madre, no llegó hasta muchos años después de escuchar a las mujeres.

Ahora, al preparar este texto, siento la trascendencia de las palabras de mi madre.

En el fragmento de una entrevista a una profesional de un servicio de intervención especializado en atención a mujeres víctimas de violencia machista (SIE), ella dice:

Lo que he aprendido es que la escucha repara.
Me di cuenta desde el primer día porque yo

hacia acogidas también. El simple hecho de sentirse escuchada repara muchísimo, porque da la sensación de que no se las escucha. Sí que se las puede oír, pero no se escucha lo que dicen realmente, es como lo de “sí que me miran, pero no me ven” pues lo mismo. Y este es uno de los aprendizajes más grandes que me he llevado de la atención directa y diaria.⁴

Escuchar, necesita de silencio e introspección y especialmente de paciencia, mucha paciencia para poder entender, asimilar y respetar las vivencias y los tiempos de las mujeres. En esta época en la que todo requiere de respuestas inmediatas, puede vivirse como un privilegio el hecho de tener tiempo para escuchar. Ciertamente, es un privilegio ser capaz de escuchar a la otra, a la vez que escuchar las resonancias que las palabras tienen en quien escucha.

La paciencia es un don en la práctica femenina de la relación que, creo, las mujeres manejamos de forma experta: paciencia para gestar y acoger los cambios que se producen en nuestra historia, en nuestros cuerpos, cuando alimentamos otros cuerpos que verán la luz, cuando esperamos que germinen nuestros proyectos, cuando acompañamos a otras mujeres en sus caminos de libertad.

La paciencia es contraria a los resultados inmediatos y especialmente contraria a las soluciones supuestamente fáciles que se ofrecen a las mujeres frente a la violencia en las relaciones íntimas: separarse, denunciar, buscar recursos y se acabó el problema.

Como bien sabemos, el problema no se acaba aquí, porque no se trata solo de actuar, sino que esencialmente se trata de sentir y reflexionar sobre las experiencias vividas.

Escuchar pacientemente requiere sentir, darse el permiso a recibir la emoción, la propia y la de la otra, imbuirse sin miedo a ahogarse, abrir el corazón y el alma al dolor y la alegría de la otra. Sostener lo insostenible, escuchar lo innombrable, aliviar el dolor.

Para mí, la paciencia se conforma de no esperar los resultados que tú intuías o pensabas en el acompañamiento a la otra, con los objetivos que los diferentes profesionales de la atención sitúan, sino en entender, respetar y esperar al tiempo de la otra, porque cada mujer tiene sus tiempos, para sus proyectos y para adueñarse de su propia historia. Encontrar palabras para decir lo vivido forma parte de esa apropiación.

Escuchar desde el alma significa, también, no escudarse en la patología, que no quiere decir no tenerla en cuenta, sino escuchar y acoger el dolor y el sufrimiento, darle un lugar de sentido y transformarlo en acción, acción individual que se convierte en política.

Desde esa transformación ha sido posible que tengamos una Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género,⁵ que necesita ser revisada en el Estado español y una ley en Cataluña con una gran intencionalidad en su título: *Llei dels drets de les dones a erradicar la violència masclista*.⁶

Y es necesaria esa transformación a través de la paciencia que tenemos también las unas con las otras, para poder crear vínculos de confianza y relación necesarios para recuperarnos y romper con estrategias que continúan dañando nuestros cuerpos, nuestras vidas.

La paciencia es también necesaria para esta recuperación, especialmente para recuperarse de la desconfianza y la negación del valor de las emociones en los cuerpos femeninos.

Esta estrategia patriarcal de hacernos desconfiar de lo propio, de lo vivido, ha sido desvelada por los feminismos, que con paciencia nos hemos apropiado de las vivencias certeras de la emoción no sujeta a los parámetros androcéntricos.

Vivencias de expresión y libertad, porque la desinhibición no es desbordamiento, sino que es expresión de lo vivido y lo sentido.

El cuerpo necesita expresar las emociones vividas, el cuerpo ha sido para las mujeres fuente de conocimiento sobre sí mismas.

Teresa Moure, profesora de Filosofía y Filología de la Universidad de Santiago de Compostela, en su libro *Hierba Mora* construye un personaje sobre Hélène Jans, una sirvienta que tuvo una hija con Descartes. En el libro se da a Hélène un carácter, unas aficiones y una dedicación muy veraz para la época: el de bruja, partera, curandera; como sabemos, en aquella época miles de mujeres fueron quemadas en la hoguera, en los Países Bajos y en otros lugares de Europa.

Es en esta ficción, en la que se establece un diálogo entre Hélène y Descartes, Hélène responde a Descartes:

[...] Non acabo de ver por que teño que prescindir do corpo. Non se me ocorre que outra cousa é ser Hélène que arrastrar os membros de Hélène, soportar as dores que aflixen ou curar as súas feridas. Estas mans que han de comeres vermes da terra –dixen alzando os brazos– son tan Hélène como a cabeza que isto pensa.⁷

El olvido del cuerpo y la distancia con la naturaleza nos han hecho perder este contacto ancestral que sí tenían las brujas y sanadoras, y que ellas aportaron a la ciencia. La cercanía a la naturaleza es un don para las mujeres, no

una debilidad, y así lo están demostrando las mujeres que han sido abanderadas de la ecología y el antimilitarismo; estar cerca de la naturaleza es no aceptar la violencia como relación, sino vivir en armonía con lo que nos envuelve.

Tener en cuenta al cuerpo, reconocer las tensiones y traumas instalados en él y sus efectos en la subjetividad y construcción de identidad ha sido un aprendizaje que me ha dado el Análisis Bioenergético, ya que como dice Susana Velázquez en *Tejidos que lleva el alma*: “Todo ataque al cuerpo es un ataque a la identidad, y el daño deja sus marcas en la subjetividad”.⁸

En el Análisis Bioenergético aprendí a sanar ese daño a través de estrategias terapéuticas en las cuales el cuerpo tenía su protagonismo; especialmente significativo era su efecto en las terapias grupales.

Pero no solo se trata de una cuestión terapéutica, sino que se trata también de apropiarse socialmente de nuestro cuerpo y darle otro significado. Frente a “el cuerpo para ser solo mirado por otro”, el cuerpo para ser vivido, habitado por una misma, el cuerpo como lugar de contacto y expresión de las emociones, emociones que demasiadas veces han estado canceladas, estigmatizadas cuando son las mujeres quienes las expresan.

Ahí está también la paciencia de mirar, observar un cuerpo que habla y nos dice sobre las emociones que lo transitan y que muchas veces se hacen eco en el cuerpo de quien escucha. Aprender a través de la escucha de las experiencias que atraviesan el cuerpo y el alma y sus ecos en otros cuerpos y hacer de la reciprocidad un saber

La negación de las expresiones emocionales, en las mujeres, de sus necesidades de relación verdadera, y no de sumisión, está en la base del abuso contra las mujeres y especialmente en el uso de la violencia de sus parejas masculinas.

El valor superior otorgado a la cognición, asociado a lo masculino, ha generado en muchas mujeres desconfianza hacia los propios sentimientos y emociones, dudas sobre aquello que una desea y lo que no desea.

Abandonar el registro de las propias emociones es como perderse en un laberinto de desconciertos y conlleva el riesgo a doblegarse a las emociones de quién nos quiere poseer.

María Zambrano, en un artículo de la serie *Mujeres*, publicado en 1928 en *El Liberal*, de Madrid, dice:

La mujer camina en su evolución, adquiere personalidad día por día; lucha y se esfuerza, aborda de frente los problemas, da la cara a la vida. Frente a este cambio femenino, el hombre se aterra y añora melancólicamente los tiempos en que ellos no tenían más ideal que atender sus exigencias eróticas y domésticas. En algunos tipos exaltados el asombro se torna en reacción aguda de odio y rencor: su dignidad de gallo no puede permitir que la mujer –una mujer– no agote la existencia en la servidumbre de sus deseos. Es la cosa que se nos hace de pronto persona. Esto explica algunos de los crímenes llamados pasionales, que no el amor... Es preciso que el hombre se dé cuenta de que a la mujer de hoy no se la puede conquistar con la promesa de un porvenir económico y social seguro y descansado... Y ha sido tan rápido el viraje de la mujer en sus exigencias, que el hombre, descentrado, inadaptado, no sabe –generalmente– o no quiere colmarlas. ¡Pero al menos que no nos maten!⁹

La vigencia de sus palabras forma parte de la realidad de nuestro ahora.

Poseer no es amar, y esa confusión está en el inicio de la violencia en las relaciones íntimas. La generosidad en el dar marca a muchas mujeres en sus relaciones con los hombres.

Si analizamos el rol que juega el vínculo amoroso en las situaciones de violencia machista vemos que es este vínculo es el causante de tanto dolor en las mujeres, dado que ellas, en la mayoría de los casos, se unen desde el deseo de amor, deseo que necesita ser correspondido.

Lo que quizá no tenemos suficientemente en cuenta es la asimetría de la que parten hombres y mujeres en el establecimiento de esos vínculos. Una asimetría que presupone que las mujeres van a dar y los hombres van a recibir.

Esta marca de género tiene efectos dañinos, especialmente en las mujeres, ya que por amor están dispuestas a todo. También en los hombres, dado que les priva de las posibilidades del dar, del placer del dar sin poseer.

En *El amor es el signo. Educar como educan las madres*, María-Milagros Rivera, dice:

Su sentido relacional de la libertad le lleva, con cierta frecuencia, a una mujer a exponerse a la violencia y a la muerte con tal de no romper los vínculos que ella ha creado en torno a la relación con un hombre que solo conoce la libertad individualista: un hombre que se cree que es libre cuando es independiente, cuando ha destruido, menospreciado o roto todos o casi todos los vínculos.¹⁰

Ciertamente, los vínculos pueden ser la fuerza y a la vez el lastre. La fuerza, porque sin vínculos de afecto, de cuidado, no sobreviviríamos; los vínculos nacen de la

necesidad, del amor por el otro y por la otra, los vínculos son mutuamente gratificantes, en su sentido más primario, como por ejemplo el que establece una madre con su bebé cuando este es deseado.

Los vínculos que se establecen en las relaciones íntimas, demasiadas veces son en realidad relaciones instrumentales; en las situaciones de violencia es así, y el hecho de no ser reconocidas como tales, no dichas, no habladas, dadas como por supuesto, pervierten el vínculo afectivo. Ahí hay una parte importante del lastre.

¿Las justificaciones de tantos hombres a su violencia van en este sentido de no ser correspondidos en lo que ellos creen que se les debe? Ellos no reconocen su necesidad de relación, sino que, en la gran mayoría de los casos, ellos se sitúan en su derecho a la relación.

Para muchas mujeres con las que he trabajado la fuerza de los vínculos estaba en relación con su necesidad de amar, de crear vínculos duraderos, de empezar relaciones desde la libertad, como decía Milagros en el texto anterior. Diría además que ellas no parten del derecho a la relación, sino que parten de su deseo de relación con otro, porque es el reconocimiento de la propia necesidad lo que permite reconocer la necesidad del otro. El amor al otro nunca debería representar un riesgo, sino un don.

La desmesura impuesta a través de los roles de género en el dar y ser para los otros significan un lastre en el establecimiento de los vínculos de amor, especialmente cuando a una no le han enseñado a amarse a sí misma.

Siento que en Tamaia lo que hicimos fue enseñar y a la vez aprender a amarse a una misma a través de la relación de respeto y autoridad mutua. Susana, una de las mujeres a las que acompañamos largo tiempo, nos decía: “me habéis enseñado a quererme, ya que cuando llegué no sabía ni dar un abrazo”.

Releyendo el *Trabajo de las palabras*, cuando María-Milagros Rivera habla de la relación sin fin, dice:

Una clave es la transformación interior tuya. Cuando tú entablas la relación está el deseo y está el instrumento. Tú tienes un deseo, entras en relación de confianza, reconoces autoridad a la otra y reconoces tu deseo: esa es una relación sin fin.¹¹

Siento que en mi trabajo en Tamaia hice realidad esa relación sin fin con muchísimas mujeres; eso fue posible por el deseo y la necesidad que sentíamos de establecer vínculos de relación que nos permitieron poner las mujeres en el centro.

La acción política de nombrar vínculo, relación, afecto, recuperación, responsabilidad sobre la propia vida ha significado un antes y un después en la mirada de las instituciones y los diferentes profesionales hacia las mujeres que sufren y han sufrido esa violencia.

De la misma manera que nombrar a los actores de esa violencia: una parte importante de hombres imbuidos de machismo que, de forma directa, agreden a quien dicen amar, y se sostienen en la legitimación de un sistema que no es capaz de acoger la diferencia, de acoger el don de la relación y del dar.

Finalmente...

Las reflexiones aquí situadas no habrían sido posibles sin las genealogías y espacios de mujeres, a las cuales agradezco, infinitamente, el permiso y el reconocimiento de aprender y decir desde mi singularidad y el respeto a la singularidad de las otras mujeres que han sido, y algunas todavía son, compañeras, aliadas en el camino.

Veo necesario nombrar el Primer Máster en Estudios de las mujeres, del cual tuve el privilegio de formar

parte, como alumna. Ahí oí y entendí por primera vez el sentido de hablar de genealogías femeninas. Hoy creo que haber hecho este máster fue decisivo en la dirección de mi actividad profesional y política. En él tomé conciencia no de lo que nos faltaba como mujeres, sino de todo el bagaje que otras mujeres habían aportado, de la riqueza de los saberes y de mujeres que con sus acciones habían cambiado la historia. La comprensión que adquirí, respecto a la fuerza y determinación de las mujeres, me guio en el trabajo de acompañar a otras mujeres en sus caminos de libertad.

Beatriu Masià Masià
Escuchar, sentir,
mirar. Reflexiones
en torno al
acompañamiento a
las mujeres que han
sufrido violencia
machista

En este sentido, las mujeres de Centro América y América del Sur fueron maestras en el abordaje de la violencia contra las mujeres, tanto por la comprensión desde la que se situaban, como por las estrategias terapéuticas de atención que proponían.

Como sabéis, las acciones necesitan de espacios, espacios físicos desde los que acuerparse, espacios seguros que permitan la libertad de hacer y decir, esos espacios formados por mujeres diversas, diferentes, pero que son capaces de compartir, aun desde el disenso, desde el conflicto. Ca la Dona ha sido el espacio en el que he crecido como feminista, el espacio, algunas veces inseguro, por mis propias inseguridades, otras de fortaleza y sororidad, y especialmente de posibilidades.

Hoy creo y siento que sin Ca la Dona, el proyecto de Tamaia, Viure Sense Violència no hubiera germinado, porque es en las tierras fértiles donde las semillas crecen y dan sus frutos. Ca la Dona fue esa tierra fértil, cultivada por tantas mujeres, que participó en la gestación del proyecto y ayudó en dar a luz y en su continuidad.

De la misma manera, quiero reconocer al espacio Bonnemaison, La Bonne, también espació de creación y apoyo mutuo, que en momentos difíciles acogió algo tan precioso como el espacio de atención a las mujeres, tanto

individual como grupal. Ahí también germinaron las semillas y se abrieron espacios de relación y cooperación que lo continúan siendo.

Como cofundadora e integrante de Tamaia hasta su cierre, siento haber sido receptora de toda esa sororidad, de toda la generosidad y la confianza, de las aportaciones de todas las mujeres que hemos formado parte de esta entidad, con nombre de planta a petición de María, una de las mujeres que formaron parte del primer grupo de ayuda mutua. La Tamaia es una planta llena de fuerza en la que germinaron los deseos y necesidades de las mujeres que hemos formado parte de ella.

Tamaia fue fruto de una necesidad, una necesidad que las mujeres teníamos, no solo de nombrar la violencia, sino de cuidar y acompañar a las mujeres que la viven de forma directa, de poner en el centro de la política las necesidades que genera la violencia en la vida de las mujeres.

Una necesidad que algunas mujeres que estuvieron en la casa de acogida y que formaron el primer grupo de mentoras expresaban: “recuperarse y prevenir a otras mujeres: librarnos de la violencia y ser las protagonistas de nuestra propia historia”. Siento que Tamaia continúa germinando en todas las mujeres que hemos estado, sentido, conocido, participado en alguna parte del proyecto.

Tamaia abrió el espacio que otras mujeres habían iniciado, porque como dijo Mireia Bofill en el cierre de las jornadas *20 años de feminismo en Catalunya*:

Tot comença amb una dona que parla amb una altra dona i quan aquesta recull el seu desig i li dona la confiança i la força per a fer-lo realitat. I, quan a una i a l'altra s'hi afegeixen dues, tres, quatre..., vint..., cinc-centes..., tres mil... i moltes més, ja hem començat a canviar el món;¹²

Siento que, en mi experiencia de acompañar a mujeres en sus caminos de libertad he recogido el deseo y la necesidad de tantas mujeres, que la palabra y el cuerpo han estado presentes, que el amor ha sido dado y correspondido y que solo puedo expresar agradecimiento a todas ellas y a mi madre, por enseñarme a escuchar.

Beatriu Masià Masià
Escuchar, sentir,
mirar. Reflexiones
en torno al
acompañamiento a
las mujeres que han
sufrido violencia
machista

notas:

- ¹ Agradecer a Montserrat Garcia Reig y Àngels Zurita Butier sus comentarios y correcciones.
- ² Marina Garcés, *Escola d'aprenents*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020, p. 20.
- ³ “Hija mía, yo escucho a unas y a otras y me lo guardo”.
- ⁴ *Tamaia viure sense violència sccl. 10 anys de trajectes de dones en situació de violència masclista: itineraris, vivències i relats*. <https://govern.cat/govern/docs/2019/06/20/17/14/a6622423-dof0-4ab2-84a1-83c64f3e75a2.pdf>.
- ⁵ Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. <https://www.boe.es/buscar/pdf/2004/BOE-A-2004-21760-consolidado.pdf>.
- ⁶ Llei 5/2008, del 24 d'abril, del dret de les dones a erradicar la violència masclista. <https://www.parlament.cat/document/nom/TL75.pdf>.
- ⁷ “...No acabo de ver porque tengo que prescindir del cuerpo. No se me ocurre otra cosa que ser Hélène que arrastrar los miembros de Hélène, soportar los dolores que la afligen o curar sus heridas. Estas manos que han de comer los gusanos de la tierra son tan de Helene como la cabeza que esto piensa”. Traducción de la autora. Teresa Moure, *Herba moura*, Vigo: Xerais de Galicia, 2005, p. 160.
- ⁸ Velázquez, Susana, *Violencias cotidianas, violencia de género: escuchar, comprender, ayudar*, Buenos Aires: Paidós, 2004, citada en: *Tejidos que lleva el alma. Equipo de Estudios comunitarios y Acción Psicosocial (ECAP) Unión Nacional de Mujeres guatemaltecas (UNAMG). En el marco del Consorcio Actoras de cambio (2004-2008). Primera edición noviembre de 2009*, p. 262.
- ⁹ Texto facilitado por Maite Garcia Fochs.
- ¹⁰ María-Milagros Rivera Garretas, *El amor es el signo. Educar como educan las madres*, Madrid: Sabina, 2012, p. 24.
- ¹¹ Lia Cigarini, Luisa Muraro, María-Milagros Rivera Garretas, *El trabajo de las palabras. Una creación inacabada nacida de la relación entre mujeres*, Madrid: horas y Horas, 2008, p. 36.
- ¹² “Todo empieza con una mujer que habla con otra mujer y cuando esta recoge su deseo y le da la confianza i la fuerza para hacerlo realidad. Y, cuando se añaden dos, tres, cuatro..., veinte..., quinientas..., tres mil... y muchas más, ya hemos empezado a cambiar el mundo!”, *20 anys de feminisme a Catalunya*.

Beatriu Masià Masià, *Escoltar, sentir, mirar. Reflexions al voltant de l'acompanyament de les dones que han patit violència masclista*, p. 26-41. Parteixo de la meua experiència biogràfica relacionada amb les vivències en un petit poble envoltat de natura, de la relació especial amb la meua àvia materna, sempre disposada a escoltar-me, les portes obertes de la meua casa familiar, l'acollida de la meua mare a les dones que s'acostaven a conversar amb ella, que han guiat la meua comprensió i apropament a les dones que pateixen la violència dels homes. La complicitat i els sabers compartits a Tamaia, viure sense violència, els ensenyaments rebuts en diferents disciplines i la confiança de tantes dones han donat mesura a la paciència, l'escolta, l'amor i la disposició a acollir el sentir del cos i de l'ànima com eina terapèutica imprescindible en la reparació del dany causat per la desmesura en donar. Les genealogies i els ensenyaments de dones amb què he compartit la meua experiència m'han nodrit i acompanyat en la tasca de promoure accions polítiques encaminades a viure vides lliures de violència masclista.

Beatriu Masià Masià, *Listen, Feel, Look. Reflections on the Accompaniment of Women Who Have Undergone Sexist Violence*, p. 26-41. I start from my biographical experience related to things lived through in a small village surrounded by nature, from my special relationship with my maternal grandmother, always ready to listen to me, the open doors of my family home, my mother's welcoming of the women who came to talk with her, that have guided my understanding and approach towards women who suffer from male violence. The complicity and shared knowledge at Tamaia, living without violence, the teaching received in different disciplines and the trust of many women have given a measure to the patience, listening, love and willingness to welcome the feeling of body and soul as fundamental therapeutic tools in the repair of the harm caused by the

excessiveness of giving. The genealogies and teachings of women who I have shared my experience with have nourished me and accompanied me in the task of promoting political actions aimed at living lives free of sexist violence.